

LA VENIDA DEL SEÑOR

El padre Pío nos lleva al misterio del Niño Jesús

ECCLESIA

17_12_2019



**Costanza
Signorelli**



«Todas las fiestas de la Iglesia son hermosas, la Pascua es ciertamente glorificación... pero la Navidad tiene una ternura, una dulzura infantil que arrebató todo mi corazón». Luego puntualizaba: «La Pascua es sin duda la fiesta más importante del año. Pero me gusta más la Navidad porque en Pascua Jesús está crucificado y me hace sufrir, ¡en cambio el Niño Jesús en Navidad es tan dulce! ».

Las palabras de san Pío de Pietrelcina nos introducen con fuerza en el misterio que estamos a punto de celebrar en la sagrada liturgia: la Navidad de Jesús. De hecho, si consideramos hasta dónde ha llegado la unión íntima del santo de Pietrelcina con el Crucificado, y si uno observa con qué ardor se disponía a subir al altar para revivir en su carne los sufrimientos de Cristo muerto y resucitado, hay que preguntarse hasta dónde puede llegar el amor del fraile capuchino en la Nochebuena para considerarla su fiesta «favorita».

Nos ayudan las palabras del padre Ignazio da Ielsi, guardián del convento de San Giovanni Rotondo en el trienio 1922-1925, que en una página de su diario, fechada el 24 de diciembre de 1923, parece que empieza a respondernos: «Es inútil decir con qué pasión celebra la Navidad el padre Pío. Siempre piensa en ella y cuenta los días que separan una Navidad de otra desde el día siguiente. El Niño Jesús es una atracción muy especial para él. Basta con que oiga el sonido de un báculo, de una canción de cuna, que eleva el espíritu hacia arriba, hasta el punto de que al mirarlo parece que está en éxtasis».

Hay más. El hermano reveló: a pesar de la humildad del padre Pío que lo hacía totalmente incapaz de pedir algo para sí mismo, «le gustaba celebrar la Misa de Nochebuena», aunque era responsabilidad del superior del convento. Pero su deseo de presidir ese sacrificio eucarístico especial era tan evidente, y también lo era la pasión con la que se preparaba para ello, que ninguno de los superiores se atrevió a contradecirlo.

El padre Pío, en el período previo a la Santa Navidad, se transformaba completamente. De hecho, los que lo conocían bien y conocían los terribles dolores físicos y los violentos ataques diabólicos que sufría constantemente, se daban cuenta inmediatamente del misterioso cambio que había en él. Pero fue el mismo santo quien explicó por qué, en una carta del 17 de diciembre de 1914, dirigida a una de sus hijas espirituales, la noble Raffaolina Cerase: «Al comienzo de la sagrada novena en honor del Santo Niño Jesús - escribe el padre Pío- he sentido mi espíritu renacer a una nueva vida: mi corazón se siente lo suficientemente pequeño como para contener los bienes celestiales; mi alma

se deshace ante la presencia de este Dios nuestro hecho carne para nosotros. ¿Cómo no amarlo siempre con un nuevo ardor?».

Ésta es la profundidad con la que el santo del Gargano penetró en el misterio del Dios Amor y esta es la razón última de su transformación en cuerpo y espíritu: fue secuestrado y visitado por el «Dios humano», como a menudo le gustaba llamarlo en sintonía con el Apóstol Pablo (cf. Filipenses 2, 6-8).

¿Y dónde se veía encarnado mejor este Dios Amor, sino en el mismo momento en que el padre Pío celebraba la Santa Misa? Los ojos del padre Pío brillaban llenos de lágrimas y sus mejillas se enrojecían cuando, al final de la liturgia eucarística, proclamaba en voz alta el prólogo de Juan: «Y el Verbo se hizo carne / y vino a habitar entre nosotros». Sobre este fundamento teológico que suponía la conclusión de la Eucaristía en la misa tridentina se fundaba toda la predilección del santo Capuchino por la fiesta de la Encarnación. Aquí se justificaba la profunda emoción y el asombro místico, culminando en el éxtasis perenne del padre Pío durante toda la Nochebuena.

La Santa Misa de medianoche del padre Pío el día de Navidad era algo verdaderamente extraordinario. Hordas de fieles desafiaban todo tipo de obstáculos para tener la gracia de participar: para hacerse una vaga idea basta saber que, para asistir al servicio solemne, era necesario aventurarse a pie, en la oscuridad de la noche, por el tortuoso y estrecho camino pedregoso, cubierto de hielo y nieve, que conducía al convento.

Sin embargo, ni el mal tiempo, ni el frío mordaz, ni la prolongación de la celebración hasta las cinco de la mañana, podían disuadir a los que buscaban el Paraíso a los ojos del Santo durante la noche más especial de todas. «Al final - nos dice un hermano - el padre Pío llevaba la capa pluvial blanca tejida de oro, inciensaba la estatua del Niño Jesús y, precedido por los monaguillos y algunos hermanos con las velas encendidas en las manos, lo llevaba en procesión del coro al altar y del altar al Nacimiento, abrazando con amor la pequeña cuna.... Después presentaba la estatuilla amada para que los fieles pudieran besarla. Su rostro estaba radiante, luminoso. Sus labios dibujaban sonrisas de alegría mientras todos descansaban sus labios sobre las rodillas o los pies del Niño Jesús. Luego, con el corazón abierto y a voz en grito se unía al coro de sus hermanos y fieles para cantar *Tu scendi dalle stelle* ("Tú bajas de las estrellas"), la dulce canción compuesta por san Alfonso María de Ligorio».

Es particularmente hermoso escuchar los testimonios de aquellos que han aprendido a vivir el misterio de la Navidad junto al humilde fraile. Como Lucía Iadanza,

una de sus hijas espirituales, que había viajado específicamente desde Pietrelcina a San Giovanni Rotondo para pasar la Navidad con su ilustre compatriota. Pues bien, en una página de su diario, fechada el 24 de diciembre de 1922, Lucía escribe: «Los frailes habían traído un gran brasero en la sacristía y había mucha gente alrededor para calentarse. Rezamos el Rosario mientras esperábamos la Misa. El padre Pío rezó con nosotros. De repente, en un halo de luz, vi aparecer al Niño Jesús en sus brazos. El rostro del Padre se transfiguró, sus ojos se volvieron hacia esa figura de luz que tenía en sus brazos, sus brazos abiertos como en una sonrisa asombrada. Cuando la visión desapareció, el Padre, por la forma en que lo miré, se dio cuenta de que lo había visto todo. Se me acercó y me dijo que no hablara con nadie al respecto.

Pero Lucía no fue ciertamente la única que presenció tales manifestaciones de lo divino en el Capuchino, que por el contrario se repetían continuamente, sobre todo cuando se acercaba a la Natividad.

Otra historia sorprendente es la del padre Raffaele da Sant'Elia a Pianisi, que vivió treinta y cinco años en san Giovanni Rotondo, ocupando la celda frente a la que, durante un tiempo, fue la del Padre Pío, la número 5. El hermano nos dice: «Me levanté para ir a la iglesia para la misa de medianoche de la Navidad de 1924. El pasillo estaba sumergido en la oscuridad, roto solamente por la pequeña llama de una pequeña lámpara de aceite. En esa penumbra vi que el padre Pío también estaba bajando a la iglesia. Había salido de su celda y caminaba con pasos lentos. Me di cuenta de que estaba envuelto en un halo de luz. Me vi mejor y vi que tenía al Niño Jesús en sus brazos. Me quedé petrificado a la puerta de mi celda. Me arrodillé. El padre Pío pasó a mi lado radiante y ni siquiera se dio cuenta de mi presencia».

Así, las manos humildes del fraile estigmatizado, ambas heridas de muerte, llevaban al Señor de la Vida, que descendió a aquel Niño, y lo llevaban en procesión a todos, para ser besado y honrado. Esta imagen increíble condensa el Misterio de Cristo y al mismo tiempo la misión de esta alma elegida por el amor de Dios en beneficio de todo el mundo.

Y como lo que gira en torno a la vida terrena y eterna de este extraordinario amante de Cristo no necesita más aclaraciones, concluimos este viaje a la Santa Navidad del padre Pío con un último relato de su vida. La de su querido amigo, hermano y vicepostulador de su causa de canonización, el padre Gerardo di Flumeri, que, después de la última Navidad que pasaron juntos, escribió así:

«Siempre recordaré la Navidad de 1963 pasada con el padre Pío, mi amado y

venerado padre espiritual. La expresión de expectación que estaba en toda su persona permanece en mi memoria. También permanece indeleble en mi mente su profundo recogimiento y su oración extática. Pero sobre todo, sigue vivo ante mis ojos el color de sus mejillas rojizas cuando el canto del *Te Deum* anunció el nacimiento del Salvador. (...) Después de la última lectura, la estatuilla del Niño Jesús fue colocada en el atril e inciensada. Luego, mientras se cantaba el *Te Deum*, comenzó la larga y misteriosa procesión. Los monjes con velas en las manos, las volutas y el olor del incienso, las vestiduras sagradas relucientes de oro, en la penumbra de clausura.... Esa procesión me pareció la procesión de toda la humanidad que desde toda la eternidad va al encuentro del Cristo que viene. Y al pasar noté que los ojos de todos se volvían hacia Él: hacia el Niño divino en los brazos del padre estigmatizado. (...) Pero el sello de esa Navidad inolvidable debía ser puesto por la noche. Una vez que llegué a la habitación de mi querido padre para felicitarle por última vez la Navidad, me sentí misteriosamente atraído por él. Él, con las mejillas enrojecidas como el canto del *Te Deum* durante la noche, y los ojos brillantes de alegría y luz, me recitó en latín el versículo del Evangelio de San Juan: *Sic Deus dilexit mundum ut filium suum unigenitum*: "Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito". Ésta es la certeza reconfortante con la que vivo de la noche santa de aquella Navidad de gracia».

Unidos a san Pío de Pietrelcina, también nosotros pedimos la gracia de vivir la espera y la venida de nuestro Salvador, todos llenos y colmados de *Aquel que ya es*.